

Homilía del 10 de Noviembre de 2013

Aunque fueron los Romanos los que crucificaron a Jesús, muchos entre los judíos, su propia gente, se opusieron a sus enseñanzas y, así, se opusieron a Jesús mismo. En la primera lectura y en el evangelio de hoy, oímos de dos de estos grupos—los saduceos y los fariseos.

Es verdad que Jesús a menudo estaba en conflicto con los fariseos, pero también tuvo muchos seguidores entre ellos. Y esto no es sorprendente. Muchas de las enseñanzas de Jesús fueron también las enseñanzas de los fariseos. A lo que Jesús se opuso fue la interpretación inflexible de la Escritura, la hipocresía y arrogancia, y la falta de preocupación y compasión por los pobres y los necesitados de algunos fariseos, no su creencia básica. En la primera lectura de hoy escuchamos una parte de la historia del martirio de los siete hermanos y su madre durante la persecución de los judíos en el segundo siglo A.C. Estos hermanos y su madre eran fariseos que vivieron antes de la época de Jesús. Según nuestra Iglesia Católica Romana, estos hermanos y su madre son santos, y su fiesta es el primero de agosto.

Fueron los saduceos que no estuvieron de acuerdo no solo con la manera de vida de Jesús, sino también con sus enseñanzas. Fueron ellos los que negaron «la resurrección de los muertos», y el Evangelio nos presenta un grupo de saduceos que le preguntan a Jesús con el fin de burlarse de él. Negando la resurrección de los muertos, llaman la atención de Jesús y de sus oyentes sobre una ley en el libro de Deuteronomio, que instruye que un hombre debe tener hijos por la viuda de su hermano para perpetuar el nombre de su hermano. La pregunta está diseñada para provocar la risa de los oyentes. Quizás algunos de ellos se rieron. En su respuesta, sin embargo, Jesús tanto silencia a sus adversarios como enseña a los que pueden oír y entender sus enseñanzas. Jesús dice, «. . . los que sean juzgados dignos . . . de la resurrección de los muertos» no son ángeles, sino son «como los ángeles . . . [no] podrán ya morir». Ellos están con Dios. Ellos son los verdaderos hijos de Dios. Entonces Jesús usa la Escritura que aún los saduceos aceptan como sagrada en su respuesta. Claramente, entonces, nadie se ríe. Pero su respuesta no está en nuestra lectura de hoy, así que quiero leérsela a ustedes: «Intervinieron algunos maestros de la Ley, y le dijeron: «Maestro, has hablado bien.» Pero en adelante no se atrevieron a hacerle más preguntas.»

Aunque alguna gente se oponía y se opone a Jesús y a sus fieles, en la última instancia ellos no prevalecerán. Ni el cruel rey, Antíoco, ni los saduceos despectivos prevalecieron sobre Jesús y sus fieles. Especialmente cuando leí nuestra primera lectura de hoy, pensé en la muchedumbre de las personas que han entregado sus vidas por nuestra fe. Tenemos nuestra fe Católica porque hombres y mujeres han entregado sus vidas para conservarla y perpetuarla para nosotros. Es apropiado que los honremos y recordemos su gran sacrificio.

Homilía del 10 de Noviembre de 2013

También pensé en los que han muerto incapaces de tener fe. Pensé en Carl Sagan, el astrónomo famoso, un profesor, escritor, personalidad de la televisión, y ganador del premio Putlitzer, que murió hace casi veinte años. Pensé en él a causa de una declaración que él hizo sobre la vida después de la muerte. Él escribió,

Yo quisiera creer que cuando muera viviré otra vez, que alguna parte de mi que piensa, que siente, que recuerda continuará. Pero a pesar de lo mucho que quiero creer en eso . . ., yo desconozco por completo que sugiere que es más que hacerse ilusiones.

Carl Sagan no conoció la Iglesia; no conoció la Biblia; no conoció a Jesús. Aunque adquirió fama y fortuna, cuando pienso en él, me siento triste. Me acuerdo de las palabras de San Pablo, que escribió sobre la resurrección de los muertos en su primera carta de los Corintios: «Si nuestra esperanza en Cristo se termina con la vida presente, somos los más infelices de todos los hombres.» San Pablo continúa,

La muerte ha sido devorada.
¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?
¿Dónde, oh muerte, tu aguijón?

Y él concluye su discusión con estas palabras, «Así , pues, hermanos míos muy amados, manténganse firmes e incommovibles. Dedíquense a la obra del Señor en todo momento, conscientes de que con él no será estéril su trabajo» (I Corintios 15:19, 54c-55, 58). Que el Señor nuestro Dios **nos** ayude a ser fieles, dedicados a su obra para que no sea en vano el trabajo de nuestras vidas.

Estoy seguro que todos ustedes han observado el sitio en el Gathering Space aquí in Santa Cecilia que está reservado para los recordatorios de nuestros queridos muertos. Durante los primeros días de noviembre y a través del mes, especialmente los recordamos a ellos y por eso oremos:

Autor de la vida y Señor de los difuntos, acuérdate de tus siervos, que han comido tu Cuerpo y bebido tu Sangre y han ido al descanso confiar en ti. Cuando vengas con majestad, acompañado de tus ángeles, resucítalos de su sepulcro y sácalos del polvo, revístelos con trajes de honor y colócalos a tu derecha, para que contigo entren en la morada del cielo y alaben tu bondad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.